

520
L,
PQ 2244

.F9

NG

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley



10407
BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

NOCHES DE LUNA

CIELO Y TIERRA

LA ATRACCIÓN

Herían los remos cadenciosamente la onda silenciosa y encalmada, y, á favor de los mismos, avanzábamos hendiendo la líquida superficie que se cerraba tras de nosotros en estela al momento borrada. Á través de la atmósfera la luz intensa de la luna llena esparcía claridad vaporosa bastante á velar la de las estrellas, sin embargo de lo cual Júpiter, Vega y Altair brillaban en la bóveda azul, reflejándose en el agua. El mar estaba unido como un espejo: tibio el ambiente y sin movimiento, atravesándolo apenas ligera brisa.

Aprovechando la marea alta costeábamos el monte San Miguel cuya gigantesca silueta se destacaba con sombrío perfil sobre el claro fondo del cielo, variando de aspecto á cada instante según cambiábamos nosotros de punto de observación.

Parecíanos á veces que la ruda fortaleza de la edad media se elevaba hacia las nubes como un cono agudo emergente del mar; luego, de las torres y bastiones

veíamos salir como á modo de brazos fantásticos y gárgolas y quimeras; después, desde más lejos, la disposición de las rocas graníticas y de los antemurales que se suceden escalonándose desde la falda hasta la cumbre, presentaba á nuestra vista el dibujo de una escalera de gigantes tallada para escalar el cielo. Ora nos deslizábamos bajo un bosque cuyos árboles elevaban á lo alto sus copas limpiamente dibujadas en sombras sobre un cielo de Italia; ora alejándonos aún más, nos era dado ver cómo se iluminaban los encajes, arcos y cimbras superpuestos. Resplandecían los ventanales de *la maravilla*, súbitamente heridos por los reflejos argentinos del astro de las noches; á uno y otro lado de la barca, en las corrientes que se forman á favor del reflujo, titilaban, desprendiéndose de los remos, pequeñas gotas fosforescentes que extinguían al punto su luz en el seno de la superficie líquida... Y en tanto que avanzábamos mar adentro, el silencio y la calma de la naturaleza envolvían nuestros espíritus penetrándolos como de un divino sueño; y tal era su fuerza misteriosa, que hasta la misma mole de granito que percibíamos ya vaga y brumosa en el fondo de luz lunar se nos antojaba como formando parte integrante de ese sueño encantado.

*
**

Estábamos solos, en medio del silencio y de la noche, deslizándonos por sobre rocas en las cuales algunas horas antes nos habíamos deshecho los pies intentando la bajada desde el bosque de la abadía hasta la playa que queda al descubierto durante las bajas ma-

reas. En aquella hora solemne el mar envolvía por completo la isla, excepción hecha del dique recientemente construido por la estupidez humana sin más objeto que el de poner al nivel de los vulgares modernos intereses la original creación de los tiempos medievales. La vista, en cualquier dirección que se volviese, no lograba distinguir más que agua: el mar, siempre el mar, — el mar y el cielo.

Hablábamos en voz baja, como temerosos de romper el encanto de esas horas fugitivas durante las cuales el ser humano encuéntrase á veces por un momento en comunicación con el espíritu de la naturaleza.

— ¿No te parece, — dijo ella, — que hay impresiones que la palabra no puede definir exactamente, y que estarían mejor traducidas si pudiesen ser cantadas? ¿No es verdad que esas impresiones de que hablo conmueven nuestros corazones como una melodía, como un canto que pasa y que se aleja?

— ¡Oh! — le contesté, — he ahí una idea de mujer, graciosa, encantadora y justa. Seguro estoy de que, hace un momento, cantabas interiormente.

— ¡Es verdad! Me parece que era una reminiscencia de *Cinq-Mars*... Sí, esta:

(1) Nuit resplendissante et silencieuse.
Ah! verse en mon cœur
Ta paix et ta douceur!
Dans tes profondeurs, nuit délicieuse,
Les astres en feu
Dorment dans l'éther bleu.

(1) Noche resplandeciente y silenciosa — Vierte en mi corazón tu paz y tu dulzura. — En tus profundidades, noche silenciosa, — Los astros en ignición — Duermen en el éter azul.

Y me parece que habría continuado como en la ópera :

(1) Une brise pure,
Un vague murmure
Sous le ciel clair
Glissent dans l'air
Sans éveiller la tranquille nature.

— No podías escoger nada más apropiado, — repuse : — oyendo tu voz, oigo esa música encantadora y experimento la dulce ondulación de las ideas y confieso que tienes completa razón. Esos versos, la verdad sea dicha, no tienen nada de notables, pero consiguen mecernos en una especie de ensueño, y ganan lo que no es decible al ser cantados. Debieron ser escritos para la música y no la música para ellos, porque en este último caso habría no poco que criticar. Cantar que

Les astres en feu
Dorment dans l'éther bleu.

es si se quiere excusable; pero no puede decirse eso mismo hablado sin incurrir en herejía : el éter no es azul. La música sin embargo, salva esa incorrección... y otras muchas.

Si; no hay duda de que hay momentos en que cantamos interiormente; en que la reminiscencia de una graciosa melodía parece como que da á nuestros pensamientos alas que se los llevan muy lejos... »

La barca se deslizaba ligera hacia alta mar desde

(1) Una brisa pura, — Un vago murmullo, — Bajo el claro cielo — Deslizanse en el aire, — Sin despertar la tranquila naturaleza.

donde nos proponíamos contemplar el panorama en su conjunto : las corrientes que se forman con rapidez en aquellos parajes, favoreciendo nuestros propósitos, nos habían arrastrado mar adentro. La soledad se nos antojaba aún mayor que antes.

*
**

Remaban los bateleros á cierta distancia de nosotros, al extremo opuesto de la barca : sentados á popa no teníamos otra cosa que hacer sino soñar. ¿ Quién no hubiera deseado soñar así siempre?

— ¿ Estamos lejos de la costa? — preguntó ella.

— Á muchos kilómetros.

— ¿ Y todo esto estaba al descubierto hace algunas horas, durante la marea baja?

— Por completo. Hay aquí veinticinco mil hectáreas de tierras que pertenecen alternativamente al mar y á la costa. Recuerdo haber calculado un día que la atracción de la luna y del sol trae aquí, en tres horas, dos mil quinientos treinta millones de metros cúbicos de agua; es decir, que esa atracción, potencia invisible, ha depositado aquí, sólo desde la hora á que hemos venido, un peso de dos mil quinientos millares de millones de kilogramos de agua.

— ¿ Cuál es pues esa atracción y cómo definirla?

— Es la ley de la naturaleza. Si el mar pudiese sentirla, si le fuese dado comprender su poderío á ese mar que bajo la influencia de la luna celeste se eleva y se deprime como un seno que respira, tal vez pudiese darnos la definición de esa fuerza misteriosa á que todos obedecemos. Pero, ¿ acaso comprende la irrisis-

tible potencia que después de encantarle le mata, el pintado insecto que llega á la luz para quemar sus alas y en la luz muere? Nosotros mismos, descendencia de Adam, ¿no padecemos sin alcanzar á definirla, la influencia de una atracción que data del nacimiento de Eva, gracias á la cual viene desde entonces perpetuándose sin la tregua de un instante siquiera la humana raza? El universo está regido por la atracción; búscanse los átomos, se encuentran y se unen; gravitan los mundos en el infinito sintiéndose mutuamente, y ellos también procuran unirse no obstante las distancias que parecen separarlos. ¿No tiene acaso la atracción en la humanidad un nombre mucho más dulce?...

*
*

Durante nuestra navegación en torno de la isla la luna había ido elevándose gradualmente en el cielo acercándose al meridiano. Ocurriósenos la idea de visitar la abadía alumbrada por la blanca luz lunar, y apenas la barca nos hubo dejado á la puerta de la ciudad, enderezamos nuestros pasos por la torre del vigía y las murallas, atravesando la antiquísima posesión feudal cuyo aspecto apenas ha variado desde la época de Luis XI, hasta llegar á la cumbre de la montaña rocosa, hasta la monumental portada, que nos pareció más formidable aún de lo que es, como si se agigantase á favor de la negra obscuridad de las bóvedas bajo las cuales nos proponíamos pasar.

La luz de la luna duplica la intensidad de las sombras. Entre murallones mazizos que parecían elevarse

hasta las nubes, abriase la bóveda bajo la cual la inmensa escalera se desarrolla hasta perderse en las obscuridades de la noche: hubiérase dicho una abertura practicada para explorar los senos de la montaña. Penetramos en la sala de guardias, desde la cual la vista lograba distinguir un pedazo de cielo iluminado por el astro de la noche, y luego, entre dos formidables murallas cuyas crestas nos era imposible columbrar, escalamos osadamente la gradinata que debía conducirnos á la basilica del arcángel.

La iglesia inmensa, solitaria, silenciosa, recibía de lo alto, emanante de la luna, pálido fulgor que, tamiéndose en los ventanales, llegaba hasta el pavimento convertido en rocío luminoso. Por un instante nos pareció como si allá en lo alto, junto á las bóvedas, envueltos por los rayos pálidos de la luz lunar, flotasen los espectros de los siglos desvanecidos, despertando de su sueño secular para demandarnos cuenta de nuestra nocturna visita. Sobre el pavimento pétreo resonaban lúgubrementes nuestros pasos, como si caminásemos sobre tumbas.

Llegamos al claustro, cuyas marmóreas columnas y delicadas ojivas se perfilaban á lo lejos sobre obscuro fondo. Quedaba la luna oculta por la basilica cuya silueta dibujábase vigorosamente en el cielo, y allá arriba de todo, por encima de nuestras cabezas, fulguraban las constelaciones; la Osa mayor, Casiope, la Estrella polar. Alejados del mundo, en pleno cielo, envueltos por el mar, pensábamos en los antiguos moradores del monasterio, que durante mil años habían vivido allí, aislados de la tierra y del resto de los humanos: y en la teocracia de la época medioeval, y en

los monjes y en los caballeros de los pasados siglos. Todo estaba allí como en aquellos días de ardientes plegarias, de fiestas monásticas, de rumor de guerreros clarines... El cielo era el mismo : el mismo el mar. Sólo ellos habían desaparecido, y con ellos toda una historia.

Allí estaban, los hollábamos con nuestros pies, la sala de los caballeros, la necrópolis de los monjes, los negros calabozos... Y lo mismo que otras veces, la luna iluminaba el marítimo paisaje, las terrazas, los balcones, las arcadas, las bóvedas; y lo mismo que otras veces, pesaba allí el silencio de las alturas; y lo mismo que otras veces, en la campana solitaria sonaba la hora de media noche, perdiéndose en los espacios infinitos el eco medroso del bronce herido. Gira la tierra, los siglos pasan, las generaciones se suceden, discurre la vida como discurre la corriente de un río; nada perdura, á no ser los límites del camino recorrido por la humanidad mudable.

*
**

Cuando siguiendo la línea de las murallas y bastiones de la ciudad dormida bajamos de la abadía, nos percatamos de que el mar empezaba á retirarse, dejando al descubierto vastas playas de arena. Continuaba su obra el movimiento eterno de las cosas. Disponíase el reflujó á deshacer lo que el flujo había hecho, y más tarde la vuelta del mar volvería á perpetuar la misma oscilación de la inmensa llanura líquida.

— ¡ Qué silencio ! ¡ Qué calma ! — dijo ella : — ¡ Qué bien se comprende aquí que la tierra es un astro del

cielo y que la atracción nos arrastra entre las estrellas!

En aquel instante abrióse bruscamente una puerta de la calle baja : un rayo de luz amarillenta hirió el muro frontero, y algunos gritos salvajes y vociferaciones ahogadas se escaparon del interior de una taberna. De una guarida de bestias feroces excitadas por la carnicería no habrían salido al exterior notas más desacordes, rugidos más espantables.

Era una reunión electoral.

— La atracción mece al mundo en su armonía, dije entonces ; la tierra está en el cielo. Pero de ello no se percata la humanidad.

— ¡ Calla ! — replicó ella : — son gentes que hacen política !... ¿ Será eso también un flujo y un reflujó ?

— Ni más ni menos : pero tampoco de eso se percatan. No hacen más que divertirse á su modo.

— Por lo que á mí hace, añadió ella apoyándose aún más en mi brazo, prefiero el cielo. Quedémonos.